



**DISCURSO**  
**INAUGURAL.**



DISCURSO

DE LA VIDA

# DISCURSO INAUGURAL

QUE

EN LA SOLEMNE APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO

DE 1851-1852

ANTE

LA UNIVERSIDAD DE BARCELONA,

EN LA IGLESIA DE NUESTRA SEÑORA DE BELEN,

DIJO

*D. Antonio Bergnes de las Casás,*

cateático de lengua griega.



BARCELONA.

IMPRESA Y LIBRERÍA POLITÉCNICA DE TOMÁS GORCHS  
calle del Carmen junto á la Universidad.

1851.

asunto podia acomodarse mejor al elevado sentimiento que naturalmente despierta en el ánimo la consideracion de los beneficios que está derramando en nuestra querida patria la acertada direccion de los diversos ramos del saber, que el que tenga por objeto traer la fantasía á unos tiempos y entre un pueblo que, no solo vive en la historia como conquistador, sino que sigue floreciendo siempre en eterna juventud como creador y dechado en artes y en letras.

En efecto, sublime espectáculo es, Señores, el de una civilizacion cuyos partos han atravesado los siglos, sin venir á perder un ápice de su brillantez y lozanía, y que siguen subsistiendo, en las artes de imaginacion, como tipos inmutables de lo grande y de lo bello.

Es el Oriente una tierra cuajada toda de portentos, de colosales proporciones, así en sus obras como en sus epopeyas, donde todo se mezcla y confunde, religion, historia y filosofia. La Grecia, que por tantos lados está engarzada con el Oriente, es sin disputa la flor de la inteligencia humana; el cielo derramó en aquel rincon de la tierra sus finezas, y dotó tan felizmente á sus naturales, que lo bello fué entre ellos, no ya el privilegio de unos pocos individuos, sino el instinto de todos.

Los Griegos, hijos mimados de las Musas, descolaron, así en artes como en letras, en términos de competir lo ideal de sus obras con la naturaleza mas

bella. Y bien así como llamaba Tucídides á la ciudad de Aténas Museo y Pritaneo de los Griegos, podemos llamar nosotros á la Grecia templo y floresta de la naturaleza, de donde han recibido leyes y dechados los pueblos europeos que han salido de la barbarie.

Durante largo tiempo fué, entre los Griegos, el cantar y el hablar una misma cosa; los oráculos cantaban, y sus sentencias se llamaban *φατα*; cantábanse las leyes, y las denominaban *cantos*, *armonía* (*νομοι*). Los adivinos se llamaban *poetas* (*ποιηται*, *inventores*, *creadores*), y sus cantos se denominaban *επεα* (*palabras*, *promesas*); los héroes de Homero no hablan, sino que profieren *palabras aladas* (*επεα πτεροεντα*).

En la Grecia corria el manantial piérico, en el que bebió Homero, y que infundia pálido horror á los profanos; allá inspiraban los tirsos ditirámico entusiasmo á los íntimos de Baco, que amansaban con sus cantos á tigres y leones; allí bailaban las ninfas y las gracias, y se cernian los amores encima de Anacreonte, cuyas melodías son otros tantos besos de la diosa del amor; allá volaban las coronas olímpicas por las sienes de los vencedores, y su verde enramada se estremecía con los dóricos acentos de Píndaro; allá porfiaban en sus certámenes los zagales, mostrando en ellos la naturaleza sus sencillísimas galas; allá danzaban los conceptuosos coros de Sófocles; allá descollaba el Odeon, mansion halagüeña de las Musas; y la Academia, donde la ju-

ventud florida de Aténas estaba colgada de los labios de Platon , apellidado el Divino.

La antología griega es un ramillete de matizadas y fragantes flores ; y bien así como el instinto atrae á la abeja á la flor en cuyo cáliz está oculto el anhelado almíbar, no de otra suerte guió á los poetas griegos su natural buen gusto, que , sin estudio ni conato, les enseñaba á presentar los objetos bajo su aspecto mas halagüeño. Es la agudeza un don conferido á muchos, aunque acompañada á menudo de ciertos elementos heterogéneos que menoscaban el puro sentimiento y denotan propensiones que no se avienen con la genuina filantropía. Pero la agudeza de la antología griega jamás se aparta de la ingenua elegancia, de la gracia amable y sin artificio ; es suave como el zéfiro jugueteo ; es un hálito tierno y delicado que nunca quiebra el endeble tallo ; envuélvese constantemente en una observacion fina y atinada y en una sensibilidad tierna y esquisita, ora respire dulce melancolía, ora exhale amable contento.

Desde los poetas religiosos, que allá se pierden en la noche de los tiempos, hasta los últimos Tolomeos ; desde aquellas ciclópeas fábricas, que aun en el dia son el asombro del viajero, hasta el templo de Júpiter olímpico, ha realizado el genio griego cuanto al entendimiento humano le es dado concebir ; y ora sea que haya alcanzado los límites de la perfeccion, como en las artes bellas ; ora sea que no haya

hecho mas que allanar el camino , como en las ciencias de observacion , ello es innegable que ha derramado á su paso vivísimos destellos , y que ha dejado tras sí una huella indeleble. Su nacimiento es desconocido ; pero niño todavía , arroja las envolturas de la cuna y los estrechos pañales de la mitología oriental , y se da á conocer con una maravilla , la epopeya homérica ; muéstrase ya cabal y hermoso , como Minerva , que , segun el mito , salió con todas sus armas de la cabeza de Jove.

Aprovechándose Homero de los materiales de las aras erigidas á las Musas por sus predecesores , levantó dos templos prodigiosos , ante los cuales , el tiempo , que nada perdona , inclina la guadaña y pasa.

No es Homero un accidente aislado en la historia de la Grecia ; Homero representa toda una época de la civilizacion griega , la época mas interesante , en la que el genio nacional sale triunfante de todo influjo extraño y lo desecha ó modifica victoriosamente ; la época en que se abalanza , jóven y robusto , á la carrera que ningun pueblo ha recorrido tras él tan cabal ni tan hermosa. Homero es un vivo monumento de toda una revolucion ; sus versos son un fiel espejo del estado social de su tiempo ; en ellos se reproduce la Grecia bajo todas sus formas , con sus prendas y lunares , sin disfraz ni disimulo ; y considerado bajo este punto de vista , se nos aparece Homero , no solo como creador de la epopeya , sino como el resúmen tambien de todo lo pasado de su pais,

como el eje sobre el cual va girando la civilizacion mas brillante que ha existido. Y esta misma universalidad es sin duda la que, llenando de asombro á la crítica moderna, la mueve á preguntarse si son la Ilíada y la Odisea obra de un solo hombre, si hay que atribuir las finalmente á toda una generacion de poetas; porque, en nuestros siglos analíticos, no cabe que nos hagamos cargo de aquellos genios de los tiempos primitivos, tan sintéticos y cabales, que se diria que una revelacion divina les ha contado todos los arcanos de la humanidad.

Los dos poemas épicos de Homero fueron la escuela de donde salieron los legisladores, los geógrafos é historiadores; en estas dos obras inmortales aprendieron los Griegos á apreciar la virtud, el amor á la patria y la noble pasion de la gloria. Aquellos poemas, recitados en las solemnidades religiosas y en las asambleas populares, hacian mas mella en los ánimos de la que á nosotros nos hacen los libros que leemos en el callado retiro de nuestro gabinete.

Pero lo que mas llama la atencion en la civilizacion griega es, segun Schlegel, el estar viendo el progreso intelectual libre é independiente, así de las trabas de la constitucion sacerdotal, imperante en el Oriente, como del objeto político que se echa de ver entre los Romanos: por donde aparece la ciencia en Grecia, por la vez primera en la historia del hombre, como potencia aislada que se basta á sí propia, y no mendiga ajeno auxilio.

Tan pronto como hubo salido la Grecia de la infancia para entrar en la juventud, y se hubieron acallado sus ansias tras lo nuevo y lo maravilloso, empezó á estudiar su interior; con los mayores medros que adquirió su naturaleza íntima, vino á perder para ella el mundo exterior una parte de su brillantez y magnificencia, y siguió al épico el período lírico. Descollaron entónces en los pensiles de la poesía otras flores de matices mas subidos y de fragancia mas esquisita. En los armoniosos cantares de Safo, Alceo y Erina, desahogó el ánimo sus íntimos sentimientos, presentóse el alma en la forma esterna; y llevada en alas de la armonía, penetró la palabra en el corazon de los oyentes, abriéndoles con dulce violencia el mundo íntimo. Nadie ignora que en la poesía lírica, que estrecha al hombre en su interior y le levanta sobre sí propio, se nos presenta el mismo poeta, que nos manifiesta los impulsos de su corazon con referencia á un objeto esterno; mas no por medio de una descripción, sino de una manera inmediata. De ahí el requerir este género de poesía una lengua profunda y conceptuosa, como lo eran la eólica y la dórica, las cuales vinieron á ser, entre los Griegos, el órgano de la lírica, como lo fuera la jónica de la épica. El mismo carácter de mayor fuerza y energía que se echa de ver desde luego en los sonidos mas llenos, en los tonos mas profundos y en las formas mas duras del dialecto dórico, fueron otras tantas circunstancias que lo recomendaron tambien á la escuela pitagórica.



Mas aun no habia ostentado la Grecia todos sus primores, cuando llegó la edad viril con la flora del período ático, y cerróse con él el círculo del arte. En el período ático vinieron á converger todos los destellos, sueltos hasta entónces, de la perfeccion helénica. La despejada amplificacion de la epopeya jónica y la conceptuosa plenitud de la lírica, dórica y eólica se fundieron ya en una en el drama, en el cual se desprendió el asunto épico de sus accidentes, y recibió la poesía lírica, con el asunto dramático, la universalidad objetiva que le faltaba. Así como fué llevada á la perfeccion la poesía en esta flor suya, la mas elevada, así mismo adquirió en el Ática su cabal hermosura cuanto en tiempos anteriores se habia principiado en otras partes de la Grecia. En el Ática concurre la prosa en la palestra con la poesía, é inventó el número, por cuyo medio se convirtió el habla en armonía y el buen decir en elocuencia. En el Ática vino á ser el arte el foco de todos los conatos; en ella fundó la filosofía un santuario que enlazó la tierra con el cielo. Tambien descolló otra vez en este clásico suelo la historia en una forma mas digna y elevada. La tragedia ática es á la epopeya jónica lo que la historia ática de Tucídides á la jónica de Herodoto. A la manera de la tragedia, despréndese la historia ática de la libre andadura episódica; no va ya en busca del recreo momentáneo, sino de una instruccion profunda y permanente; ya no trata de pintar el mundo, sino de presentar al mismo mundo la Divini-

dad y el hombre. Si se parecen la historia jónica y la epopeya al terso espejo de un tranquilo lago, cuyas cristalinas aguas reflejan un cielo despejado con sus riberas risueñas y soleadas, parécense el drama ático y su historia al piélago profundo, que arrolla todo contraste, y que, cuando bonancible, besa con el propio cariño las riberas risueñas que las tristes. El dialecto ático atesoró todas las prendas de los otros dialectos, evitando sus lunares; no menos brioso que su hermana jónica, huye de la flojedad de sus combinaciones, y presenta la plenitud y energía del habla dórica, sin ser, como ella, áspero y duro. En esta época de la suma perfección del arte, logra este hermanar la armonía de la forma esterna con los pensamientos mas profundos y conceptuosos. El dialecto ático, brioso y espresivo, rico y sonoro, tierno y flexible, tan capaz de acomodarse á lo grave como á lo risueño y festivo, se adapta á todas las formas, y trata con el mismo amor la poesía que la elocuencia. Bien así como el drama ático es la cumbre de la antigua poesía, viene á ser el aticismo la flor mas pulcra y delicada del habla helénica; y de abí el haberse adoptado como instrumento del arte mas perfecto, y el haber subsistido constantemente como tal, mientras aquel no sufrió menoscabo. Pero en el género lírico, siguió conservándose siempre el dialecto dórico, aun en el Ática, donde domina el dorismo en la parte lírica del drama.

Así fué cómo los diversos dialectos de la lengua

helénica alcanzaron, en cuanto lo permitió su índole, la perfeccion clásica que limpia y fija las lenguas, y pudieron seguir floreciendo unos junto á otros, en su género especial, aun mas allá de su duracion física. Ninguno de ellos fué obra del acaso; antes al contrario, échase de ver en su misma variedad el sentido particular de los Helenos para la armonía de todas las partes de un todo orgánico, y la veneracion que profesaban á lo antiguo, cuando el arte lo habia consagrado: ¡tan ajenos estaban ellos de la barbarie que sacrifica á lo antiguo lo nuevo, y á lo nuevo lo reciente!

Este sentido profundo y delicado que se nota en el fenómeno, al parecer, de los dialectos, así como en todas las partes del arte helénico, es otra de las propiedades mas reparables por donde se distinguió aquel pueblo de todos los demás de la tierra. En él descolló, mas que en otro alguno, la flor del buen gusto, la flor mas pura de la humanidad.

La misma Roma fué hija de la Grecia; y en su afan por seguir las huellas de su madre, vino á sacrificarle sus antigüedades patrióticas y nacionales. Y por muy estraña que parezca esta adopcion de una literatura estrangera por el pueblo mas altivo que cita la historia, esplicase no obstante con el hecho de que, tras la conquista de la Italia meridional, ó Magna Grecia, y de la Sicilia, cuando por la vez primera pisaron las legiones romanas el suelo helénico, dominaba ya la lengua griega en todo el mun-

do civilizado, leían á Homero las naciones cultas del Asia occidental, y los mismos Cartagineses redactaban en griego sus exploraciones geográficas: por donde venía á ser, en aquella época, la lengua griega un instrumento imprescindible de civilización; y los fieros Romanos hubieron de doblegar la cerviz al imperio de la inteligencia. A la vuelta de pocos años, el conocimiento de la lengua griega les franqueó el de su literatura; y cautivados por ella, la amaron como arte y la estudiaron é imitaron como tipo y dechado de belleza.

De ahí el influjo que han ejercido y están ejerciendo las letras griegas en las naciones europeas. Cuantas veces han tratado nuestros escritores de abrirse una nueva senda, han dado indefectiblemente con las huellas de los Griegos, porque estos se habían apoderado de la naturaleza entera, y ni aun al genio le es dado trasponer los límites que aquella le impuso. Fuerza es pues confesarlo: todo lo debemos á los antiguos; nuestra gloria se ha de cifrar en igualarlos, no ya imitándolos servilmente, sino apropiándonos sus bellezas, y estudiando las obras maestras que nos legaron, para formar el buen gusto y dar mayor impulso al genio creador.

Y en balde fuera oponer á lo que llevamos dicho el ejemplo de ciertas literaturas modernas, muy distantes, al parecer, del modo antiguo, por cuanto, si las estudiamos detenidamente, echaríamos de ver en ellas el tipo griego, modificado por el tiempo, los

países y las costumbres. Por donde la antigüedad griega, fecundo manantial de todas las artes bellas, se parece á un rio majestuoso que, despues de haber aumentado su caudal con el tributo de miles de arroyos, cambia el matiz de sus ondas segun las regiones que baña.

La literatura griega empero vino á padecer, como todo lo de este suelo, la suerte de las flores naturales, que allá descuellan, se marchitan y mueren. Pero la tierra, benéfica siempre é inagotable, reemplaza cada primavera las flores marchitas con otras hijas suyas no menos bellas y olorosas; cuando por maravilla vuelve á florecer la primavera de las lenguas; porque toda habla de los pueblos cultos tuvo su estacion hermosa, y en cesando esta, en vano fué que tratase de producir el invernáculo lo que tan liberalmente habia dado naturaleza: los partos tardíos y trabajosos de aquel atestiguaron siempre la decrepitud de su madre, y solo subsistieron, ó bien para realzar la belleza mas pujante y florida de sus primeras hermanas, ó para desheredarlas lastimosamente.

Tal fué la suerte de la poesía griega, porque la servidumbre, y su compañera, la degradacion moral, traen irremisiblemente consigo la decadencia de toda literatura. Doblegada el alma por la corrupcion, pierde su pujanza, maléase el gusto, se altera el habla, se apoca el talento, y hasta el genio, que se creyera con fuerzas suficientes para resistir al aciago empuje de su siglo, suelta forzosamente el cetro. Este

destino cupo á la Grecia y á su literatura. Aherrojada por la preponderancia macedónica, envilecida después por los Romanos, rastrera con los emperadores, despojada de su carácter nacional, vió empañarse mas y mas el brillo de su gloria literaria, y hasta corromperse su lengua rica y majestuosa. Verdad es que de en medio de tan lastimosa decadencia surgió una oposicion elocuente que colocó el talento y el buen gusto debajo de la égida de la moral evangélica. Los padres de la Iglesia griega, únicos guardadores entónces de aquella moral tan pura, fueron tambien los únicos que supieron conservar durante algun tiempo la pureza literaria. Mas no tardaron los gritos de los sectarios en corromper la elocuencia cristiana, precipitando la ruina del buen gusto; y las invasiones de los bárbaros, el desmembramiento de la Grecia, y la conquista de Constantinopla por los cruzados, y mas tarde por los Turcos, acabaron con los últimos vestigios de independéncia de aquella preciosa parte del mundo, y por consiguiente con su habla y su genio literario.

Ya no vive pues el pueblo griego la brillante vida estética que inmortalizó su nombre. Sus ciudades, que fueron teatro de sus virtudes y ricos pensiles de las artes, se han hundido las mas en tristes aldeas; y sus moradores, sin memoria generalmente de lo que fueron sus padres, pisan con indiferencia y sin presentimiento las ruinas de la antigüedad, mudos testigos de tiempos heróicos. Los rios, arroyos y fuen-

tes, que en parte conservan sus poéticos nombres antiguos, siguen corriendo tristemente por una tierra asolada, abandonados de las nayadas que hermoseauan en otro tiempo sus orillas y sus grutas; y enmudecieron tambien los cantos que narraban á un pueblo libre y poético la historia de cada fuente, de cada valle y cañada, de cada monte y floresta. Su habla varonil y graciosa, tierna y espresiva, que cautivaba el corazon y el oido; aquella habla, que, por su peregrina flexibilidad y mecanismo, les pareció á los mismos antiguos tan superior al invento humano, que le atribuian un origen divino, ha bastardeado en un idioma escaso de flexiones, privado del modo mas esencial, el infinitivo, y salpicado de palabras latinas, italianas y turcas. Mas lo que no aciertan á presentarnos el pais ni sus actuales habitantes, lo presenta colmadamente la memoria indeleble de sus glorias pasadas. No se estinguieron, no, los hechos del mundo helénico en todos los ánimos; los residuos de su arte primoroso siguen siendo siempre las galas de las naciones mas cultas y el blason de los conquistadores; los hombres mas instruidos, y por consiguiente los mas humanos, deleitan siempre su espíritu con sus obras inmortales; y bien así como en lo antiguo buscaba el pueblo supersticioso instruccion y consuelo en sus oráculos, busca ahora el hombre mas culto, cuyas nobles ansias no satisface la actualidad, solaz y placer en los callados asilos de la sabiduría helénica, donde florece todavía su len-

gua , muerta ya , y , por lo mismo , fija é imperecedera , como no manoseada por el vulgo , con los perennes atractivos de su juvenil hermosura y en las obras mas perfectas del ingenio.

En la historia de Grecia y Roma ha de ver nuestra juventud de cuán suma importancia sea el cultivo de la lengua patria , no menos que el de las lenguas clásicas. El bien hablar y escribir arguye el buen orden en el pensar , así como toda produccion confusa denota siempre desórden y confusion en aquella facultad. Conforme va creciendo la lengua , progresa tambien la razon , y viceversa , cuantas mas ideas adquiere la razon , mas se va perfeccionando la lengua. Lo que está en la naturaleza de las cosas no puede menos de ser. Los Griegos y Romanos tuvieron poetas , oradores y filósofos mientras floreció la lengua ; hundióse esta en la barbarie , y desaparecieron poetas , oradores y filósofos , porque los pájaros pensadores son tambien pájaros cantores.

«La actual humanidad , dice Juan Pablo Richter , se hundiera en lo mas profundo , si , antes de llegar á los siglos modernos , no pasara la juventud por el callado templo de los tiempos antiguos y de sus claros varones. Los nombres de Sócrates , Epaminóndas y Caton son otros tantos faros que nos señalan la fuerza de la voluntad y de la virtud. Aténas , Esparta y Roma son tres ciudades inmortales , donde , cual en un mundo jóven y robusto , debe clavar la vista la juventud que ha de atesorar altos impulsos. El

que no conoce á los antiguos viene á ser un efímero, que no ve la salida del sol, sino su puesta; y la historia de la antigüedad debe estudiarse en sus propios escritores.»

El rasgo característico de la composición y del modo de pensar de los antiguos, en sus varones mas dignos, es lo que los Griegos llamaban *καλον, πρεπον*, y los Romanos *honestum, decorum*. Nótase en las obras maestras de su lengua la misma sencillez y dignidad, la misma gracia y espresion que se echa de ver en los residuos que aun subsisten de su estatuaria y arquitectura. Tambien fué la virtud entre ellos una escelencia que queria que se la buscara con amor y abinco, y que solo se dejaba alcanzar á fuerza de fatigas y sacrificios. Sus escritores mas eminentes en todo género la muestran constantemente como el fiel de la balanza de las acciones humanas, y como la meta mas encumbrada de la vida. Y no se diga que entre nosotros y los antiguos han variado las circunstancias esternas, y que el heroismo y el patriotismo han tomado otra forma, porque el carácter de la humanidad es siempre idéntico, y podemos, como modernos, ser tan valientes como Aquiles, y tan buenos patricios como Trasíbulo.

«Trabajosamente, dice Hesíodo, va escuadronando el hombre los vicios en torno suyo; á trueque de hospedarlos, toda senda le parece llana; mas la virtud, así lo ordenó la Divinidad, es el mas noble galardón del sudor, y largo y cuajado de espinos el

camino que á ella conduce ; pero en llegando á su término , se nos presenta tan risueña y amable como áspera y sombría nos habia antes parecido. » Larga y escabrosa es asimismo la senda que nos conduce á la sabiduría griega y romana ; pero una vez andada , colma al peregrino de dulces é inesperadas fruiciones. Dispone á la juventud para los áridos negocios de la vida activa , dotándola de perseverancia y amor al trabajo ; la sobrepone , con sus prohombres dechados , á las pequeñeces donde se atasca la generalidad de los hombres ; levanta su alma sobre las pasiones ruines , y le infunde noble aliento para lo bueno , lo grande y lo bello. Es además el estudio de la antigüedad y de sus lenguas el antídoto mas eficaz del empirismo que amenaza invadir las sociedades modernas , aventando toda poesía , y apeándonos de las dulces ilusiones de nuestra juventud ; da mayor impulso , sobre todo , á las fuerzas del ánimo y del espíritu , de donde brota el arte. Esa prenda , que llamamos entusiasmo , es hija predilecta de la antigüedad ; la cual , de humildes principios , vino á adquirir con ella la fuerza y elevacion que nos cautivan. Mas para que el entusiasmo para lo bello produzca en los imperios y en los estados , en las artes y en las ciencias , los resultados que admiramos en los antiguos , es preciso que se propague por toda una comunidad , porque el arte en especial depende , segun Schelling , de la pública disposicion de los ánimos , bien así como las plantas mas tiernas están

colgadas del ambiente y de la temperatura. Así se echó de ver, en la temporada de los Médicis, en Florencia, donde el estudio de los antiguos sacó á luz á un mismo tiempo, cual el tibio hálito de la primavera, las flores mas pulcras del ingenio.

No sin razon pues forman el estudio de la lengua griega y la perfeccion de la latina una parte esencial de la facultad de filosofía, de esta facultad, mal comprendida por algunos, que ignoran que la filosofía, pedante en otro tiempo, ha recobrado ya la humana simpatía que cautiva el corazon, y la poética fragancia que embelesa el alma; y por otros, que están temiendo sus estravíos, como si cupiese que el error viniese á parar en permanente.

La sana filosofía es el espíritu de los conocimientos humanos, y tanto, que sin ella no aciertan estos á producir mas que resultados materiales. Así es que el estado que propague el estudio de las ciencias físico-matemáticas y naturales, sin la antorcha de la filosofía, aumentará, si se quiere, la riqueza pública ó tributaria, pero acabará al mismo tiempo con el espíritu que vivifica, con el ánimo que fortalece, con la crítica que ensalza lo bello y reprueba lo feo, con la dignidad, que es el blason de nuestra especie, y hasta arrebatará á las ciencias politécnicas su valor espiritual, transformando todo el saber en imitacion mecánica.

Mas no sucederá tal en nuestro pais, donde la acertada direccion dada á los estudios, el saludable

movimiento que se nota en letras y ciencias , la mutua atraccion de sus diversos elementos , tan opuestos y encontrados hace pocos años ; los conatos mas y mas decididos de lo mejor á lo mas encumbrado ; el amor que va cundiendo á las artes útiles y bellas : todo hace augurar mayor cultura y tiempos mas venturosos para nuestra querida patria ; la cual , si bien por el divino querer de la Providencia , ha pasado por dias de amargura , ha salido de ellos mas robusta y vivaz , y mas que antes aparejada para afianzar en el mundo intelectual , bajo el suave cetro de nuestra Segunda Isabel , laureles de otro género y mas preciosos que los que , con sus indómitos brios y en su mas gloriosa epopeya , supo alcanzar en otro tiempo para ensanchar en ambos hemisferios los ámbitos terrestres de su señorío.

HE DICHO.